"Nosotros creemos que la Democracia es la forma política de la Revolución y nos negamos a aceptar que en nombre de esta última, transitoria o definitivamente, se acabe con la libertad."

Dice la Democracia Cristiana a los Partidos
Comunista y Socialista

La Revolución, la Democracia y el Movimiento Popular

Respuesta del Partido Demócrata Cristiano a los Partidos Comunista y Socialista

Los partidos que forman el Frente de Acción Popular acaban de proclamar la candidatura presidencial del senador Salvador Allende. Ella fue precedida de otras proclamaciones efectuadas separadamente por los partidos Socialista y Comunista. Algunos de estos actos han servido para que el candidato y las dos colectividades mencionadas expongan largamente sus puntos de vista sobre los problemas nacionales, sus criterios gubernativos, el movimiento popular y las relaciones que ellos deben mantener con la Democracia Cristiana. La opinión pública ha podido pues imponerse de lo que socialistas y comunistas, en su esfera dirigente, se proponen hacer para el caso de llegar al Gobierno. Al mismo tiempo, el pueblo conoce lo que ellos piensan acerca de nuestro partido.

Hemos esperado que termine este largo proceso de definiciones. Hemos analizado los antecedentes y creemos que nos es imposible evitar la confrontación ideológica y política, planteada por ambos partidos en un tono característico de dogmatismo e incomprensión respecto de lo que es el movimiento popular en Chile. A pesar de los muchos problemas urgentes que atraen la atención de las capas populares —como ser esta nueva ola incontenible de alzas—, creemos que estos esclarecimientos son también de suma importancia. Hemos decidido, pues, responder las alusiones y críticas que se nos han formulado. Lo haremos con la mira de presentar ante el pueblo nuestras ideas sobre los puntos controvertidos y de explicar también las posiciones de socialistas y comunistas.

No podemos aquí, por cierto, ocuparnos de toda la situación política nacional. Bástenos con decir que somos un partido opositor, adverso a las concepciones tradicionales de la Derecha, que trabaja por una revolución social con libertad. Nuestros dirigentes han expresado muchas veces los criterios del partido ante los problemas del país y el actual Gobierno. Asimismo, han esbozado las salidas que ofrecen las circunstancias. Hemos hecho una oposición creadora. Ella está señalada en proyectos de envergadura nacional, como son el de reformas constitucionales, la de la gran minería, los de reforma agraria y tributaria, el de becas para los alumnos bien dotados. Por desgracia, este último no ha sido puesto por el Ejecutivo en el tabla de sesiones del Congreso, a pesar de la unanimidad producida en torno suyo.

Lo anterior sirve para desechar categóricamente la sinuosa sospecha comunista acerca de la firmeza de nuestra posición anti reaccionaria. Esperamos que este documento será claro para todo elector de buena fe.

1.—DOS VIAS REVOLUCIONARIAS.

El curso del proceso de transformación social de nuestro país ha hecho surgir dos tendencias de alcance revolucionario. Una de ellas se encarna en la coalición socialista-comunista. La segunda está, a nuestro juicio, representada por la Democracia Cristiana.

El pensamiento conjunto de los partidos

Socialista y Comunista puede ser caracterizado como un intento de seguir el modelo del Gobierno revolucionario de Fidel Castro en Cuba.

En efecto, todos sabemos que, no ya la revolución cubana misma, sino la gestión posterior de Castro, es aceptada de manera incondicional por ambos partidos. Agreguemos que los dirigentes comunistas y socialistas, al unísono, han hecho lo posible por meter en el alma del pueblo chileno la más fervorosa adhesión al Gobierno cubano, a sus líderes, a sus actos. Sobre esa materia, no se acepta debate, ni reflexión, ni crítica. Por cierto, nadie puede ignorar que tales sentimientos de admiración, llevados a veces al paroxismo, tienen un significado político concreto: se trata de que el pueblo chileno adopte los fines y los métodos de la revolución cubana.

Y bien sabemos que entre esos métodos, están la supresión de las elecciones, la prohibición de los partidos, la instauración de una filosofía oficial impuesta por el Estado, la persecución física del adversario, etc.

La otra vía revolucionaria contra el orden establecido es la de la Democracia Cristiana. Ella se define con la fórmula de revolución en libertad, revolución sin paredón. Queremos decir con ello que el país necesita profundas transformaciones en sus estructuras sociales. Ellas no pueden seguir basándose en el interés de unos pocos. El viejo liberalismo debe ser sustituido por un sistema de solidaridad auténtica, cosa que, como lo dicen los políticos, los técnicos y aun los moralistas de nuestro tiempo, supone un cambio en las relaciones mismas de la propiedad y del trabajo. Esta revolución, acorde con el sentido de la época, debe y puede hacerse en libertad, en pleno y real funcionamiento de las instituciones democráticas, sin violación de los derechos humanos, sin prolongar las injusticias, los dolores o las miserias del tiempo anterior.

El informe comunista está en lo justo cuando dice que luchar por "una revolución en democracia" supone que otras revoluciones cayeron en la dictadura o que algunos podrían intentar la revolución en Chile aplastando la libertad. Así lo creemos. Y cuando hablamos de este modo estamos pensando en muchos casos de la historia, entre ellos los mantiene sobre muchos pueblos de la tierra. de la dictadura que el Partido Comunista

En otras palabras, y si se quiere apurar nuestros pensamientos, diremos que entre nosotros y la alianza socialista-comunista, hay una coincidencia y una discrepancia. Coincidimos en que todos queremos sustituir las bases capitalistas de la economía nacional; discrepamos en que ellos se limitan, por lo general, a insistir sobre la necesidad de cambios, pero no exponen con claridad los medios por los cuales los van a realizar.

Nosotros queremos ser muy claros y exigimos que los demás también lo sean. La Democracia Cristiana no establecerá una dictadura sobre el pueblo y hará todo lo que esté de su parte para impedirla, cualquiera que sea su forma o su pretexto.

2.—RELACIONES ENTRE LOS PARTIDOS DE OPOSICION.

Las dos tendencias a que nos estamos refiriendo se han mantenido separadas. En 1958, presentaron candidaturas presidenciales discrepantes. En la actualidad, y como veremos, no se ha logrado acuerdo entre ellas. A pesar de esto, durante el último tiempo mantuvieron muchos puntos de contacto. Eso es explicable. En una democracia, las fuerzas políticas se definen por su posición frente al Gobierno. Hallándonos en lucha contra la actual Administración, es lógico que el Frap y la Democracia Cristiana se encontrasen de acuerdo en numerosas oportunidades. Por nuestra parte, no nos hemos negado jamás a impulsar una concurrencia de fuerzas cuando ello era necesario. Tampoco hemos usado las diferencias ideológicas para crear una ficticia atmósfera de lucha entre cristianos y marxistas, como sugiere el Secretario General del PC. Debemos agregar que ni comunistas ni socialistas han tratado nunca de suavizar sus diferencias doctrinarias o políticas con nosotros. No pueden quejarse de haber "recibido" alguna vez. Ellos han tratado siempre de "dar" y "con el mocho del hacha" cuando así les convenía.

Lo dicho explica que no haya sido posible una suerte de entendimiento orgánico entre nuestro partido y los socialistas o comunistas. En cambio, nuestras relaciones con el Padena tenían que ser mucho más fáciles. Se trata de una colectividad en que muchos de sus

militantes habían tenido actuaciones conjuntas con nosotros. No pocos de ellos alimentan las mismas ideas generales y aspiran a idénticos objetivos políticos. La posibilidad de intercambios estaba perfectamente dentro de lo normal. Solía ocurrir, por lo demás, que el Padena encontraba de parte de algunos aliados del Frap, los socialistas y los comunistas, un trato de inaudita grosería. Una vez fue (septiembre de 1962) una diatriba lanzada en "El Siglo" contra el Padena. Ella fue rechazada por éste como "fundada en mutilaciones textuales" y calificada de "patronato inadmisible". Días atrás, ocho diputados del Padena han debido protestar públicamente contra la "torva insinuación" del Comité Central Socialista respecto de algunos dirigentes de aquella colectividad.

Pues bien, hace algunos meses, la Democracia Cristiana aceptó una invitación de la Junta Ejecutiva del Padena para conversar sobre las posibilidades de un candidato único de oposición. Procedimos a aceptarla, porque desde un comienzo comprobamos que se trataba de establecer, entre ambas colectividades, los criterios esenciales de tal unidad. Su resultado fue un memorándum en que los dos partidos se declaraban de acuerdo con la imagen de lo que tendrá que ser el Gobierno popular de 1964. Por cierto, sabíamos perfectamente que la idea de un Gobierno nacional, popular y democrático iba a encontrar dificultades en algunos sectores de comunistas y socialistas. Estábamos seguros, en cambio, que el resto de los partidos del Frap no tendrían nada sustancial que oponer en contra de ella. Los demócratas cristianos entendíamos que nos era imposible dejar de ir hasta los núcleos donde evidentemente hay masa popular, para resolver allí las diferencias o volver a la integridad de nuestras posiciones si la solución no cabía.

El pueblo sabe ahora lo que sucedió. El Secretario General Socialista declaró que su partido no aceptaba entrar en relaciones con la Democracia Cristiana. Su Comité Central, en seguida, envió una carta pública ofensiva que, no sólo insultaba a los demócratas cristianos, sino también tortuosamente acusaba a los iniciadores de la gestión, a los dirigentes del Padena, como "pájaros de mal agüero", e intrigantes que obedecían, por dinero, consignas imperialistas. El Senador Salomón Corbalán fue en persona al Pleno Comunista a exigir que no se hablara con nosotros, o sea, se vapuleara la iniciativa padenista. El senador Allende, candidato, no se opuso, y el Partido Comunista ratificó su agresivo criterio de que todos los sectores nacionales deben reconocer la primacía de socialistas y comunistas.

La iniciativa del Partido Democrático Nacional ha quedado, pues, paralizada. Si de ello resulta algún perjuicio para la causa popular, los culpables son los dirigentes socialistas y comunistas. Los primeros porque una vez más han realizado con éxito un cierto "chantage" político contra sus aliados; los segundos, porque, a pesar de su tono arrogante o burlesco, saben que, en la estrategia interna, deben sumarse, al fin y al cabo, a la posición sectaria, y premeditada, del alto mando socialista.

La Democracia Cristiana, por su parte, piensa que su tarea consiste en unir la voluntad nacional en una política popular. Por esto mismo, debemos dejar constancia aquí de la actitud asumida por hombres que ponen a la luz todo lo que hay de sectarismo en su estilo político. ¡Parecen no saber comunicarse con los demás sino a la sombra de ese "patronato inadmisible" de que hablaba la Junta Ejecutiva del Padena!

Queremos aquí dejar constancia de que el Padena inició, a nuestro juicio, con sincero propósito unitario las gestiones de que damos cuenta.

3.—LA CRITICA A LA DEMOCRACIA CRISTIANA.

El informe del Secretario General del Partido Comunista formula tres cargos contra la Democracia Cristiana: un mal enfoque de la revolución chilena; una tentativa de aislar a los comunistas; y la ausencia de definición frente al imperialismo.

Respondemos a todo esto:

a) Sostiene el informe comunista que nosotros concebimos una "revolución propia" y otra "revolución marxista orientable", hecho que conduciría a una pugna estéril entre cristianos y marxistas.

Esta interpretación carece de sentido. A nuestro juicio la revolución chilena será: democrática, anti-oligárquica y anti-imperialista.

Será democrática, por cuanto no hay revolución sin dar al pueblo más libertad. Las actuales bases de la sociedad chilena son injustas y estrechas. Ellas limitan la libertad de todos aquellos que no son socialmente independientes.

Será anti-oligárquica, por cuanto la justicia y las exigencias económicas piden que sea sustituida una estructura fundada en los privilegios de una minoría.

Será anti-imperialista, porque la conducción de sus clases dirigentes y la presión indebida de los intereses foráneos han llevado a Chile a una dependencia económica inaceptable respecto de aquellos.

Estamos pensando, como se observa, en realidades objetivas. El cambio de esas estructuras en democracia es, a nuestro juicio, la revolución chilena. Se trata pues, de un único movimiento social. No hay una revolución marxista y otra cristiana. Lo que hay sí es, por cierto, la necesidad de dar una forma política a esos cambios. Y es allí donde unos pueden llevar la revolución hasta sus verdaderos fines, que son hacer más humana la vida de los hombres; otros, en cambio, pueden convertir tal aspiración en la base de una sociedad totalitaria. Nosotros creemos que la democracia es la forma política de la revolución y nos negamos a aceptar que en nombre de esta última, transitoria o definitivamente, se acabe con la libertad.

b) Dice el Informe que pretendemos aislar al Partido Comunista.

Es falso. Somos quizás el único patrido chileno que ha dado siempre a los comunistas, sin pedir nada en cambio, un idéntico trato. No hemos votado la ilegalización de esa colectividad, al revés de muchos de sus actuales aliados y lo hemos hecho contra de los que podrían ser nuestros propios intereses electorales; soportando calumniosos ataques hemos defendido el principio que a nadie puede perseguirse por sus ideas y que en Chile no hay ciudadanos de segunda clase, según las ideas que sostengan.

Por eso hemos estado siempre contra las leyes represivas.

Tampoco hemos caído en el pro-comunismo. Por lo demás, tenemos la convicción de que la revolución es un hecho y que ella será democrática, anti-imperialista y anti-oligárquica. Si los comunistas quieren implantar la dictadura o si entienden el anti-imperialismo como procedimiento para pasar al bloque soviético, traicionarán la revolución chilena. Y será el pueblo el que los ponga en su sitio.

c) El Informe comunista afirma también que somos vacilantes ante la presión de los intereses imperialistas.

Para comprobar su aserción, señala el caso de la Alianza para el Progreso y la acción de las compañías norteamericanas en nuestro suelo.

Dice: "Dicho de frentón, el asunto clave es la actitud frente al imperialismo. La Democracia Cristiana está por ejemplo, con la Alianza para el Progreso, que es la política oficial norteamericana para América Latina".

Conviene precisar. Imperialismo es la apropiación de las fuentes de riquezas naturales de un país por compañías extranjeras y su utilización, no en beneficio del desarrollo de dicho país, sino con vistas al lucro que de allí derivan los capitalistas. Los intereses imperialistas son pues una consecuencia de la industria privada capitalista y de su enorme influjo sobre los círculos dirigentes de los países en que se desarrollan. Los Estados se hacen imperialistas cuando son el fruto de esas tendencias. Y los gobernantes sirven los intereses del imperialismo cuando se prestan para obedecer, por sobre todo, una política que beneficia a aquellos.

En este sentido, la Democracia Cristiana es y será siempre anti-imperialista. Ella propugna un estado de cosas en que la economía no esté regida por el interés del lucro de los capitalistas. Además considera que los pueblos poseen derecho a su independencia económica y moral, siempre inconciliable con el imperialismo.

Sin embargo, la Democracia Cristiana sabe perfectamente que, en los Estados democráticos modernos, existen muchos factores antagónicos. Aquellos que representan el poder de la economía capitalista, los grandes monopolios, las capas sociales entregadas a ellos, encuentran poderosos enemigos en el movimiento sindical, en las corrientes ideológicas avanzadas, en los partidos políticos populares. Los Gobiernos que se establecen, como efecto de esta lucha, no son ni pueden ser puramente imperialistas. Son a veces Gobiernos populares y anti-imperialistas; son otras

veces, Gobiernos en que predominan fuerzas dispuestas a moderar la influencia del sector imperialista; son también situaciones en que los propios representantes individuales de sectores imperialistas comprenden que deben comenzar a introducir cambios. Y así ocurre que, pese a quien pese, hemos visto un movimiento universal en favor de la liberación de los países atrasados, de cambios en el interior de las grandes naciones colonialistas y de intentos de legislar contra los círculos financieros internacionales dentro de cada país. Los comunistas mismos han tenido que reconocer el hecho. Ellos señalan en sus grandes sesiones internacionales, que el imperialismo está siendo derrotado, que ya no posee la fuerza de antes y que existe la posibilidad de liberar a los pueblos de su garra, como también de tratar de obtener acuerdos que lo debiliten más y más. En esto consiste la verdad de la política de "coexistencia pacífica" tan pregonada. Ella es posible sólo si los comunistas están seguros de que el trato entre los Gobiernos "socialistas" y los "imperialistas" lleva a la victoria de los primeros.

Pero, ¿qué observamos siempre? Que los comunistas, aquí como en otros problemas adoptan una incurable ambigüedad. Por una parte, reconocen los hechos y propugnan la "coexistencia pacífica". Por otra parte, elevan a la categoría de imperialismo todo lo que proviene de los países y gobiernos que disputan con la U.R.S.S. Estados Unidos para ellos es imperialista en la medida misma en que no sea comunista o pro-soviético. Cuando alguien manifiesta alguna simpatía o tolerancia por la U.R.S.S. se le declara libre de culpa imperialista, aunque esté ligado a las más oprobiosas realidades de la economía norteamericana. ¡Comprendemos esta manera de pensar! Ella es propia de una versión mecanicista y mediocre del marxismo. Supone que la estructura capitalista de los Estados Unidos no puede sino proliferar gobiernos, tendencias, instituciones pro-capitalistas y, por lo tanto, imperialistas. Pero, ya sabemos que eso no es así. Justamente la Alianza para el Progreso, como la política del Buen Vecino de Roosevelt, no son el fruto de la primacía del imperialismo, sino las consecuencias de que lleguen al poder hombres con otras ideas, apoyados en otros intereses, respaldados por la opinión pública que siempre vio estos antagonismos y estuvo dispuesta a introducir cambios. La victoria de Kennedy es la de un grupo que formuló una autocrítica severa, sobre el modo cómo Estados Unidos se relaciona con los países atrasados. Por eso mismo, es anti-histórico, es propio de una mentalidad marxista esclerosada creer que puede triunfar un gobernante contra el gran capital y no ser sino una variante disimulada de aquel. Los soviéticos nunca lo comprendieron así. Por el contrario, el mismo Kruschev manifestó su complacencia por el hecho de que había vencido en Estados Unidos un hombre como Kennedy y se preparó, no a juzgarlo por anticipado, sino a examinar su conducta concreta.

Dentro de esa perspectiva se mueve también la posición de la Democracia Cristiana frente a la Alianza para el Progreso. Vemos en ella el fruto de una nueva situación, de nuevas condiciones objetivas. Imperialista o no, Estados Unidos, como país, no puede seguir adoptando una posición de pura defensa de los intereses particulares de las compañías norteamericanas. Sus dirigentes se ven forzados, incluso para defender lo que estimen legítimo de la actividad de esas empresas, a cambiar la orientación de su política. Tienen que hacer concesiones, valorizar los hechos. El gobierno de Kennedy se ha dado cuenta de que necesita ayudar al desarrollo de los pueblos latinoamericanos, por cuanto no es posible seguir aceptando el estado de atraso y miseria de muchos millones de hombres en nuestros países. Para ello, ha preparado un plan que es resistido por los sectores más reaccionarios, ya que exige que se efectúen reformas importantes en la estructura social de dichas naciones.

¿Cómo decir, pues, que esto es pura y simplemente un imperialismo? ¿Sólo porque no se ven milagros de la noche a la mañana, o porque los funcionarios norteamericanos no comprenden todas las necesidades de nuestros pueblos, o porque el gobierno de Kennedy no decreta la nacionalización de las grandes empresas, o no las hace renunciar por completo a sus inversiones? No cabe duda de que se trata de un movimiento que avanzará con dificultades y que podrá abortar. Pero, en sí, no es una iniciativa que los países latinoamericanos deban rechazar. Se debe recordar sobre esto que el comunismo interna-

cional se equivocó medio a medio en el caso del Plan Marshall. Hizo todo lo humanamente posible por oponerse a él y desprestigiarlo ante las masas. La política sectaria de Stalin llegó a prohibir que algunas naciones comunistas se sumaran a dicho Plan. El resultado fue que Europa se levantó de sus ruinas y alcanzó un progreso que es superior en ritmo al de los países socialistas, creando de paso contrastes verdaderamente abrumadores para el bloque soviético, en el caso, por ejemplo, de las dos Alemanias.

Los Demócratas Cristianos no estamos incondicionalmente con la Alianza para el Progreso. Nos limitamos a aceptarla como una iniciativa plausible y a ver en ella una posibilidad de desarrollo favorable. Tenemos nuestra completa libertad para denunciarla si ella es pervertida y señalar, como lo hemos hecho y seguiremos haciéndolo, sus limitaciones y vacíos. Pero, nos parece imbécil y anti chileno desconocer lo que de allí pudiera derivar. Somos realistas cuando buscamos medios para aliviar la carga que sufre el pueblo de Chile.

Rechazamos con firmeza la pretensión comunista de hacer del anti-imperialismo una suerte de dogma para beneficio de su propia colectividad. Así como hay un anti-comunismo que favorece, por su sectarismo, sus prejuicios y su estrechez, al movimiento comunista, así también hay un anti-imperialismo verbalista, de pura demagogia, destinado a provocar el rechazo de toda política constructiva que no favorezca en el campo internacional a la U.R.S.S. Cuando los comunistas y socialistas rechazan anticipada y dogmáticamente la Alianza para el Progreso están, en verdad, haciendo lo posible por servir al bloque soviético. Para ello necesitan engañar al pueblo chileno. La teoría de la coexistencia pacífica les sirve para presentarse como campeones de la paz; pero este "anti-imperialismo" —que de hecho hace triunfar a los sectores de Derecha—, marcha hacia la guerra y hacia la imposibilidad de hacer progresar a nuestros países, en espera de que la U.R.S.S. después de una nueva guerra mundial pueda tomar la cabeza en la reconstrucción social y económica de Latinoamérica.

En efecto, un rechazo absoluto de la Alianza, importa las consecuencias siguientes:

Primero: Supone que se rompen todas las conexiones con Estados Unidos y los demás países Latinoamericanos, salvo Cuba;

Segundo: Eso lleva a convertir a Chile en otra pieza en el juego de las estrategias mundiales;

Tercero: Significa pasar al bloque soviético y favorecer por ello la reconquista del poder por la Derecha;

Cuarto: Importa desechar la posibilidad de aplicar en Chile la tesis de la "coexistencia pacífica", pues si nos negamos a colaborar con Estados Unidos, por ser un país imperialista, estaríamos aplicando las ideas que se atribuyen a los comunistas chinos en discrepancia con los soviéticos. Un artículo de "Pravda", de Moscú, de enero 7, afirma: "Los críticos de la regulación pacífica de los conflictos dicen que no se puede confiar en un acuerdo con los imperialistas. Pero, si partimos sólo de ésto, significa reconocer que las cuestiones litigiosas sólo pueden ser resueltas mediante la guerra". ¿Y qué otra cosa es la que proponen los comunistas chilenos? ¡Valdría la pena que ellos siguieran de vez en cuando la voz de Moscú!

En suma, no son anti-imperialistas los que más gritan: ¡"Abajo el imperialismo"! Lo son en cambio, los que se atienen a la realidad y apoyan todas las iniciativas destinadas a fortalecer a Latinoamérica frente a las presiones económicas de fuera. Por ello, los Demócratas Cristianos somos partidarios de denunciar la política imperialista de las Compañías y del Gobierno Norteamericano; pero, al mismo tiempo, estamos listos para recoger los hechos que demuestran la debilidad de aquella. Por eso también somos partidarios a fondo de la integración económica y política de Latinoamérica. ¿Qué ofrece, en cambio, el grito anti-imperialista del comunismo? No son partidarios de la integración latinoamericana, por cuanto ésta podría resultar una liberación respecto del bloque soviético. Y por tanto, se puede decir que, salvo la posibilidad de convertir a Chile en un centro de discursos y manifestaciones callejeras contra Estados Unidos, no ofrecen ninguna política latinoamericana concreta, susceptible de ser puesta en práctica a contar de hoy en este país.

Acusamos al Partido Comunista de una inmensa demagogia y frivolidad. Todo su interés reside en levantar una plataforma electoral a fuerza de repetir una consigna, tra-

tando de que queden encasillados dentro de ella todos los que no comulgan con su posición. Será necesario refrescar la memoria a sus ideólogos:

El Partido Comunista apoyó con toda su alma a los Estados Unidos durante la guerra mundial, a pesar de que tenía la misma estructura imperialista de hoy.

El Partido Comunista se comprometió incluso a parar huelgas con tal de no perjudicar a las compañías norteamericanas.

El Partido Comunista cambió de posición frente a los Estados Unidos, no según las estructuras internas de ese país sino sólo según la situación militar de la U.R.S.S. Los Estados Unidos eran "imperialismo" cuando la U.R.S.S. estaba ligada a la Alemania nazi y se convirtieron en "democracia" cuando Hitler invadió a la Unión Soviética.

El Partido Comunista utiliza y aplaude la ayuda "imperialista" cuando gobierna, pero la critica cuando está fuera del poder. Polonia, según lo hacía ver hace poco el Secretario General Socialista, Sr. Raúl Ampuero, recibe US$ 400.000.000 de Estados Unidos. La Alemania de Ulbricht está recibiendo préstamos nada menos que de la República Federal.

El Mariscal Tito, acogido en gloria y majestad en Moscú, recibe tantos dólares como toda la América Latina. ¿Por qué, preguntamos, el Partido Comunista pretende negarnos el derecho de analizar con independencia y dignidad, como dijera el senador Frei, las ventajas de la Alianza para el Progreso?

Sobre la nacionalización de las empresas norteamericanas, la argumentación es otra vez falsa y superficial. Respondemos:

Ningún otro partido ha trabajado más que la Democracia Cristiana por la recuperación para la economía nacional de las riquezas de nuestro suelo, en manos de compañías extranjeras. Hemos formulado una política de independencia económica de todos conocida. Pero, aquí no se trata de fetiches de propaganda. La nacionalización no es la obra de un robot. Ella representa un problema, técnico y económico.

Somos partidarios de estas nacionalizaciones. Pero nos negamos a pensar que un gobierno popular tenga que elevar esta consigna a una especie de condición definitoria. Toda revolución necesita escoger su procedimiento de acuerdo con un conjunto de circunstancias y en función de etapas. Los comunistas siempre elogian la sabiduría con que miden sus pasos y ahora, por ejemplo, nos dicen que harán lo mismo en Chile. Pues bien, idéntico derecho reclamamos para el futuro gobierno popular democrático. Serán las circunstancias, las necesidades y la conducta de los demás las que decidirán el modo y el plazo que el Gobierno popular se fijará para recuperar totalmente las riquezas de Chile.

4.—EL PROBLEMA DE LA LIBERTAD.

Tanto el candidato señor Allende, como el Informe comunista y el Secretario General Socialista han planteado también el problema de la libertad.

Ellos sostienen que el Gobierno del Frap será una garantía de la más amplia democracia. El Informe comunista hace la defensa del concepto y la práctica soviética frente a la libertad individual, justifica el paredón cubano y adopta con entusiasmo nuestro lema de "revolución en libertad".

Pues bien, nos vemos obligados a decir que este problema no se habría suscitado a los dirigentes socialistas y comunistas si no fuese porque ellos tienen que responder a acusaciones muy fundadas. Nosotros no necesitamos hacer estas defensas. Nos limitamos a decir que desechamos los procedimientos de dictadura. Y que somos, por historia, principios y actuaciones, una garantía contra ella. Pero, en cambio, ¿cómo no va a ser un problema para el Partido Comunista y para el Socialista, el de la libertad, si el pueblo los ve a cada paso defendiendo dictadores o actos de dictadores?

Anotemos hechos:

Los comunistas defienden el aplastamiento de la revolución húngara y las atrocidades cometidas a lo largo del muro de Berlín;

Emplean el terrorismo contra el Gobierno de Venezuela, difícil intento democrático en ese país, presionado por los militaristas y los reaccionarios;

Son partidarios de un sistema jurídico en que el Estado absorbe todas las funciones: ni organización ni opinión pública fuera del Estado están permitidas al pueblo.

Los socialistas, por su parte, evitan cualquier juicio crítico contra actos autoritarios del Gobierno cubano, han abandonado la defensa de la democracia en Venezuela, no oponen objeción alguna a la persecución religiosa en los países comunistas, acaban de negarse a condenar la agresión de India por China y nada les asombra de lo que ocurre en la frontera de las dos Alemanias.

Después de ello no vale la palabra del Secretario General Comunista cuando nos evoca la democracia representativa y nos dice que ellos van a practicarla con toda fidelidad. Y por eso mismo nos parece equívoca la explicación que tanto él como el candidato señor Allende, nos dan acerca de la libertad. Habrá libertad, nos dicen, siempre que no se violen las leyes. Habrá oposición, agrega el último, siempre que no ejecute actos contra el pueblo.

Pues bien, los totalitarios no han hablado nunca de otro modo. Ellos se reservan siempre el derecho a decir que los demás tienen todas las libertades, pero han de portarse bien. Y el único que juzga sobre ese comportamiento es el mismo grupo gobernante.

Por nuestra parte, decimos que, en el Gobierno popular, existirá libertad para todos, dentro de los clásicos conceptos democráticos y será esa misma democracia, no el Jefe del Poder Ejecutivo, la que determine la manera como ella ha de defenderse de los reaccionarios y de los terroristas.

No vamos a discutir aquí sobre la libertad en la URSS, defendida líricamente por el Informante. Nos basta pedirle que lea el proyecto de Programa de 1947, elaborado por los actuales dirigentes del Partido Socialista. Allí se caracteriza a la Unión Soviética como un Estado totalitario, imperialista y belicista. Desde entonces su estructura económico-social no ha cambiado casi nada. ¿Será posible suponer que pasando por sobre todos los principios del marxismo, la URSS haya podido fundar, sobre la misma base material, una estructura política libertaria? El Senador Ampuero respondió a esta pregunta en su carta del 11 de abril al Secretario General comunista. Y la respuesta es negativa.

5.—EL POLIPARTIDISMO.

El informe comunista garantiza al pueblo la subsistencia de la pluralidad de partidos.

Los demócratas cristianos comprendemos que es este un problema real. Por una parte, se trata de impedir que, al amparo de la forma democrática, las capas reaccionarias puedan conquistar de nuevo el poder; por el otro, de impedir que la revolución se convierta en la dictadura de una minoría.

Comunistas y socialistas proponen una coalición de partidos con iguales derechos, integrados en el Gobierno popular.

Los demócratas cristianos sostenemos que esta idea envuelve una forma de totalitarismo o es una simple perogrullada. Porque no hay duda de que, a cada paso, se forman coaliciones de partidos. El llamado "Frente Democrático" de la Derecha es un polipartidismo. Si ellos prohibieran los demás partidos, su sistema sería un equivalente del partido único. La ley de Defensa de la Democracia no tuvo, en el fondo, otro objeto que crear un polipartidismo, es decir, un monopolio de partidos no comunistas en contra del comunismo. El verdadero problema consiste pues en averiguar si, bajo estas fórmulas extrañas, la oposición al Gobierno socialista-comunista contará o no con derechos democráticos. Los demócratas cristianos creemos que los opositores pueden y deben existir. No eliminaremos ni a conservadores ni a comunistas, para el caso de que ellos insistan en oponerse a un Gobierno nuestro. Estamos ciertos de que, sin violencias, una gran mayoría popular quitaría la base a una oposición que se intentara contra un Gobierno que está transformando a Chile.

En cambio, ni socialistas ni comunistas responden con claridad a la cuestión. Unos dicen que habrá oposición siempre que no atente contra el nuevo orden. Otros nada dicen al respecto. Ambas colectividades admiran regímenes en que existe el partido único o en que el polipartidismo está reducido a una mascarada.

Incluso dentro del mismo Frap no existiría una situación clara. Allí socialistas y comunistas pretenden representar al proletariado; los demás, son burgueses. En seguida nos dicen que el proletariado tendrá la hege-

monía del movimiento popular: ¿Qué significa esto sino que socialistas y comunistas se reservan el derecho a imponerse sobre los demás? Palmiro Togliatti acaba de decir que, en el comunismo, la mayoría y la minoría son intolerables. Sólo podría existir la unidad. Mas, si las diferencias de clase, en un organismo como el Frap, hacen imposible la unidad ¿qué queda sino la imposición?

6.—LA POLITICA DE BLOQUES.

El Partido Demócrata Cristiano rechaza la política de bloques. Sus tesis consisten en que a pesar de su situación geográfica y de sus vinculaciones inmediatas, Chile no está obligados a adherir incondicionalmente a los objetivos ideológicos, económicos o militares de las grandes potencias. La integración americana, en lo internacional, y las reformas de estructura, en lo nacional, suministran el punto de mira para una política anti-imperialista y anti-totalitaria.

Todos los partidos del Frap, menos el Comunista, adoptan una posición parecida. Este último, en cambio, acepta y considera inevitable la política de bloques. Así lo declaró la Carta de los 81, de Moscú, firmada por todos los Partidos Comunistas. También lo señala así, el Programa del Partido Comunista chileno en su párrafo 51, y también oficialmente lo ratificó su Secretario General, en su carta de 29 de marzo pasado, al Partido Socialista.

El Partido Comunista no ha retractado oficialmente sus tesis. No podría hacerlo sin renunciar a la Internacional de que forma parte. Para nuestra sorpresa, el Informe dice, sin embargo, paladinamente que el Gobierno popular no ingresará al bloque soviético. ¿Podemos creerles? La lógica y los textos del Partido están contra esa afirmación. Ellos celebran al Gobierno cubano justamente porque demostró que se puede realizar una tarea anti-imperialista con el apoyo del bloque soviético. Mas, si esto no bastara, ¿acaso no estamos viendo que el comunismo chileno propone desechar un entendimiento con los Estados Unidos de hoy? Para mantenerse en esa posición, tendrían que recurrir a la ayuda del "mundo socialista". Así lo dice expresamente el Senador Corvalán en su artículo del último número de la revista "Nuestra Epoca". Afirma allí, por tanto, lo contrario que dice ante el pueblo chileno y ante sus aliados. ¿A quién se propone engatuzar? El más limitado de los observadores diría que algo se trae bajo el poncho el Partido Comunista en materia de política exterior.

7.—¿A CHILLAN O A PUERTO MONTT?

El Informe de Corvalán notifica al país que los comunistas pretenden llegar al cumplimiento integral de sus principios. Su meta es establecer en Chile el socialismo y el comunismo. Pero, esto no puede hacerse sino por etapas. Por el momento, nos dice, —empleando imágenes de sabor chileno, a veces muy forzadas—, vamos hasta Chillán, pero seguiremos viaje hasta Puerto Montt. Los partidos aliados vienen a ser pues la etapa de Chillán. Los comunistas en cambio van a seguir a Puerto Montt. Para el caso de que aquellos no tuviesen interés en seguir al sur, la solución sencilla consiste en echar abajo del tren a los compañeros. ¿No ha ocurrido eso alguna vez? ¿Hay estricta seguridad de que la meta final de todos es la misma? No podemos aquí dejar de recordar la experiencia pasada. En la práctica, la discrepancia entre los comunistas y sus aliados no se ha resuelto por una especie de amigable y natural coincidencia en las soluciones venideras. No, eso, en la inmensa mayoría de los casos, se ha decidido por los métodos duros de la apropiación del poder y de la expulsión de los disidentes.

Decimos, pues, que el Partido Comunista chileno no habla "pan, pan; vino, vino". Si lo hiciera tendría que haber denunciado las responsabilidades que asume frente a una innumerable cantidad de hombres fielmente democráticos, socialistas, revolucionarios y aun comunistas de fila que no recibieron al momento de las discrepancias el trato amistoso y comprensivo de que habla Corvalán. El gran vicio del Partido Comunista sigue siendo el de que se muestra ampliamente libertario en la época de la lucha por el poder, pero absolutista cuando ya lo ha conseguido.

No hablamos así para animar el anticomunismo reaccionario. Pero, tampoco tenemos motivos para callar los hechos: especialmente si el Partido Comunista se asigna la tarea premeditada de tratar de desprestigiarnos, con falsedades, ante el pueblo.

8.—¿QUIENES SON LOS "CAFE CON LECHE"?

El Informe Corvalán procura dar la idea de un Partido Comunista, duro, sin prejuicios, decidido, tajante en sus posiciones. De paso, e imitando una artimaña derechista, presenta al Partido Demócrata Cristiano como vacilante, indefinido y timorato. Nos invita, pues, a decidirnos con resolución, a no ser políticos de "café con leche", a seguir su ejemplo desafiante.

Respondemos con sencillez: en política, la dureza consiste en mantener una actitud y en hacer que los demás se inclinen ante las posiciones propias.

La Democracia Cristiana puede enorgullecerse de haber conservado, a través de toda su historia, una imagen bien nítida y perfilada. Encarnamos los anhelos de una democracia progresiva, y siempre tenemos contra nosotros a los enemigos de la democracia y a los que sienten temor ante el progreso. Además observamos con satisfacción que nuestras tesis para Chile son adaptadas crecientemente en todas las trincheras que antes las negaban. La Derecha habla, como se sabe, de reformas de estructura, y la expresión misma está tomada de nosotros. Los comunistas prometen una revolución nacional popular, una transformación con libertad, un rechazo de los bloques militares, etc., y todo eso está también tomado aun literalmente de posiciones ideológicas y políticas de la Démocracia Cristiana. No hay, por lo demás, ningún objetivo socialista o comunista, de aquellos que definen lo que es avanzado, que no sea aceptado con naturalidad por nosotros.

Mas, si echamos una mirada a la trastienda del Partido Comunista chileno, ¿qué observamos? Diríamos que no vemos allí café con leche, sino leche batida. Memoricemos un poco.

El equipo dirigente del Partido Comunista chileno creció y se formó dentro del stalinismo. ¿Han tenido alguna vez, como grupo, la valentía necesaria para sacar las consecuencias del hecho de que, durante años, hayan absorbido impasiblemente lo que ahora denuncian, en el mismo estilo mecánico de antes, como crímenes contra el pueblo?

Marx decía: "Los comunistas... proclaman abiertamente que sus propósitos no pueden ser alcanzados sino por el derrumbamiento violento de todo el orden social tradicional".

¿Es ese el estilo a que nos tienen acostumbrados? Desde los Frentes Populares, al menos, toda su estrategia descansa en la infiltración, las organizaciones disimuladas, cuya tarea es el cultivo de las ideas generales, las mismas que Marx llamaba "mentiras elevadas". Han sustituido, en su prédica, la acción revolucionaria por el parlamentarismo, el espíritu internacionalista por la voluntad de aparecer patriotas, el interés mundial de la clase obrera, como clase, por el pacifismo neutro. No han hecho revoluciones sino allí donde un Ejército extranjero aseguraba todos los pasos de los dirigentes. Y donde hubo revolución estaban ligados al pasado o fueron adversos al movimiento revolucionario. No advirtieron la situación revolucionaria en Argentina, Bolivia, Venezuela, Cuba. Estuvieron ligados a Batista, incluso cuando éste los perseguía, y llegaron donde Fidel Castro como una de las últimas adhesiones que recibiera ¿Son ellos los que pueden hablar de dureza revolucionaria?

Hoy por hoy, se enfrentan a un debate ideológico de magnitud. El mito infalible del KREMLIN se opone al mito infalible de la Ciudad Prohibida de Pekín. ¿Han preguntado alguna vez cómo puede ocurrir que el socialismo se divida entre tendencias irreconciliables? ¡Callan sobre el punto más delicado de su experiencia internacional! Si fuera por estos arrogantes ideólogos y políticos que califican a cada cual con burlas y denuestos, nadie en Chile, y menos en el Partido Comunista, sabría una letra de la diferencia entre Kruschev y Mao. Necesita ir uno de ellos a Moscú para volver con noticias. El debate fantasmal, huidizo, indirecto, en que no se sabe qué se discute ni quiénes son los que pelean, y en que sólo hoy se atreven a medias a nombrarse unos a otros, es un caso típico de una mentalidad que tiene miedo a la vida, miedo a las ideas, miedo a las confrontaciones, que resuelve todo en secreto, o como sucedió al chino Wu, mediante la violencia de los gritos y la prohibición de conocer la palabra de la minoría. ¿Tiene todo esto importancia? ¿Alcanzan los efectos de esa controversia a Chile? ¡Ni una sola palabra sale de los labios de los que no son café con leche y se deciden siempre "pan, pan; vino, vino"! ¡No

se mueven entre dos aguas, no, hay por lo menos cuatro aguas. Kruschev, Mao, Tito y Albania, en cuyo fondo se ahogan.

Aquí mismo entre nosotros, ¿se deciden claramente sobre el problema de la libertad? Hemos visto que no. ¿Se comprometen a respetar las minorías? Tampoco lo saben a punto fijo. ¿Se deciden contra el imperialismo? Sí..., siempre que Kruschev no ordene que hay que hacer alguna "concesión". Cuando Fidel Castro les dice, como acaba de hacerlo, que no acepta la vía pacífica en América Latina, ¿van a callar o van a discrepar? ¿Tienen opinión propia o esperan un Congreso internacional para sacar la voz? Pero verdad es que nadie puede decir: de esta agua, no beberé. Y si es comunista, con mayor razón. No está aún descartada la posibilidad de que el senador Corvalán comparezca al Caupolicán para revelar a sus camaradas que Mao Tse Tung ha sido toda la vida un traidor al socialismo y que se debe apoyar fervorosamente la Alianza para el Progreso...

En 1951, el Partido Comunista chileno formaba parte del Frente Cívico... ¡con conservadores y liberales! Al comenzar las represiones bajo el Gobierno Ibáñez, ellos visitaron nuestro partido para buscar apoyo. ¡Eramos sus camaradas en la lucha por la libertad, y no políticos de café con leche! La democracia que entonces ellos defendían no era "formalista", sino democracia pura y simple. ¡Pero, suponía un pacto con la Derecha! Durante la Convención Presidencial del Frap en 1958, postularon, contra el camarada Allende, a dos o tres personajes claramente burgueses y sin partido. En el curso de las luchas sindicales del período ibañista, no hicieron otra cosa que tratar de sofrenar a sus camaradas los socialistas. Y, para detener a éstos, plantearon tesis del Frente de Liberación Nacional, adversa a la revolucionaria y proletaria, del "frente de clases". Trataron de avudar la candidatura centrista (radicales, liberales y comunistas) de Bossay y pidieron durante años una alianza con la "burguesía nacional" de este país.

Eso han sido y eso han hecho. Sus actuales aliados los socialistas les han reprochado insistentemente estos errores, en el Parlamento, en la prensa, en los comicios públicos, y en la Central Unica. Dentro de esta misma institución sindical, la política comunista ha sido tener el poder, pero estar dentro de una plataforma neutral ideológica y políticamente. Y por ello han chocado con socialistas y trotzkistas. Como se puede ver, los que nos acusan de ser indefinidos y se pavonean de valentía, son cerebros bien entrenados en el arte de ocultar la revolución proletaria detrás de esas plataformas amarillas y aburguesadas.

9.—LA CANDIDATURA ALLENDE

Desde un punto de vista electoral, los comunistas y los socialistas están fijados sobre la candidatura presidencial de Salvador Allende.

Obsérvese que, sin la presencia física de este senador, ninguna de esas dos colectividadas podría aspirar a tener la Presidencia de la República. No cuentan, en efecto, con figuras de arrastre nacional como para detener a otros candidatos. De acuerdo con la más ortodoja doctrina marxista, eso sucede por el hecho simple de que la base social en que se apoya la candidatura de la coalición socialista-comunista no es una realidad en el país. Lo dicho se comprueba además por la propia confesión de unos y otros en el sentido de que la actual etapa de la historia de Chile es previa a la implantación del socialismo. Si ellos fueran lógicos, deberían deducir de allí que no les corresponde aún tomar el poder. El pueblo no estaría maduro para ello. Bastaría pues que un motivo accidental obligase al señor Allende a renunciar su candidatura, para que los dos partidos mayoritarios del Frap tuvieran que pensar en un hombre ajeno a sus filas. En otras palabras, para que haya candidatura popular y a la vez socialista-comunista, se hace necesario entrar al terreno de levantar un caudillo. Las dotes personales del señor Allende llenarán el vacío que deja la ausencia de madurez social de los partidos que lo proclaman. Es falso que con él se levanta "la dura voluntad de un pueblo". Lo que se hace es promover un nuevo Jefe, un nuevo héroe, un salvador. Un hombre que es por sí más que los partidos proletarios y, por lo tanto, más que el proletariado mismo.

Tenemos pues el derecho a decir que los socialistas y comunistas, al elegir una vez más

la vía del caudillismo, y dejar de dar su respaldo al verdadero movimiento popular, nacional y democrático; al pretender anticipar lo que ellos mismos estiman que no está maduro; al descartar a la Democracia Cristiana, como expresión de dicho movimiento democrático y popular, están mostrando otra vez que su verdadero concepto de la política es la conquista del poder por una minoría que no repara en medios.

10.—GOBIERNO POPULAR Y UNIDAD OPOSITORA

Está dicho por todo lo anterior que nosotros no vemos al comunismo soviético como una esperanza para la Humanidad. No puede haber esperanza sin que los valores del humanismo cristiano superen el dilema entre los restos de una civilización capitalista y los brotes de un orden totalitario.

¿Significa esto que jamás puede haber, en la política concreta de un país como Chile, un entendimiento entre la izquierda socialista-comunista y la Democracia Cristiana?

No lo creemos así. A nuestro juicio, los socialistas y comunistas están en situación de entender que el cuadro de posiciones ofrecido por la Democracia Cristiana es el que ellos mismos, dentro de sus perspectivas, debieran considerar como el más apropiado. Allí se les garantiza una libertad de acción que no fácilmente mantendrán en el caso de vencer otra vez la Derecha. Esa victoria no sería más que el predominio de un anti-comunismo reaccionario. Además, si verdaderamente se trata de laborar por una reforma social de envergadura, sin por ello desquiciar la tradición democrática nacional ni aniquilar el sentido cultural del país, los socialistas y comunistas podrían, nos parece, como lo hicieron en otras oportunidades, tanto en Chile como en el extranjero, participar en esa obra. No nos oponemos a ello. Los invitamos a sumarse a esa gran tarea.

Mas, si los socialistas y comunistas se obstinan en pensar que pueden ejecutar su labor sin la Democracia Cristiana, es evidente que no podrá haber unidad y tampoco liberación de Chile.

Nosotros creemos que cuanto hemos dicho en este documento corresponde a un sentido común histórico. El curso de los hechos probará que la unión entre el progreso social y los derechos fundamentales del pueblo sólo pueden alcanzarse dentro del cuadro de ideas y posibilidades en que se sitúa la Democracia Cristiana. Así lo sentirán vivamente las grandes masas.

Por eso, creemos que una ola de optimismo levantará al pueblo cuando llegue el momento de las grandes decisiones. Sabemos que, al amparo de ese gran movimiento, ninguno de los actuales casilleros tendrá permanencia, y Chile podrá caminar hacia fórmulas de unidad basadas en los intereses de las clases trabajadoras.

La revolución chilena no desecha ningún aporte honesto. Corresponde a cada uno asumir su papel ante los hechos que vendrán. Será expulsado por el solo movimiento de la historia aquél que no sea capaz de comprender la realidad. ¡Hacemos pues un llamado a todos los que creen en la revolución social con libertad, a todo el pueblo, a los que esperan que el próximo Gobierno sea el instrumento para una nueva etapa en la historia de Chile! ¡Hagamos de Chile una patria para todos!

SANTIAGO, 31 de Enero de 1963.

CONSEJO NACIONAL
Partido Demócrata Cristiano

Por su parte, el senador Tomic contestó como sigue la alusión comunista al Convenio de Washington:

"DEFORMACION PROFESIONAL" ANTI-NORTEAMERICANA

La réplica comunista a la Democracia Cristiana singulariza a don Horacio Walker y a mí como los autores del Convenio de Washington (1951) y después de calificarlo de "ignominioso", nos perdona, "por tratarse de un asunto del pasado".

Es tan gratuita la injuria, como ridículo el "perdón".

Personalmente me he sentido siempre orgulloso de la participación que me cupo en esa difícil negociación internacional, la más exitosa para el manejo de las riquezas básicas chilenas, que yo conozca.

Al estallar la guerra de Corea, en 1950, el comercio del cobre chileno estaba sujeto a una ley chilena, la Nº 7.160, dictada en 1941 por el gobierno del Frente Popular, que si bien representó algunas ventajas con respecto a la situación anterior, contenía dos limitaciones muy serias para el interés nacional. En efecto, esa ley fijó el precio del cobre en 11½ centavos por libra "para toda la duración de la Segunda Guerra Mundial", y reservó de hecho, a favor de las compañías productoras norteamericanas, la exclusividad de las exportaciones de cobre refinado, que representaba el 95% del tonelaje de cobre exportado por Chile. ¿Cómo hubiera calificado don Luis Corvalán estos arreglos si los comunistas no hubieran tenido en ellos la participación que tuvieron...?

Modificar el régimen de comercio internacional del cobre a favor de Chile en la crítica situación mundial de 1950, parecía imposible. Las Naciones Unidas participaban oficialmente en la guerra de Corea en contra del bloque soviético. Chile estaba obligado también por la llamada "Declaración de Unidad para la Paz" (noviembre de 1950) de la cual era firmante. Pues bien, precisamente para abaratar el costo bélico, el gobierno norteamericano había fijado en 24½ centavos el precio máximo que pagaría Estados Unidos por el cobre, nacional o extranjero. Y el Occidente en su conjunto había organizado la Conferencia Internacional de Materiales Estratégicos y Materias Primas Escasas (35 países) con el fin de que nadie comprara más de las cuotas fijadas ni pagara más del precio fijado por la Conferencia misma.

Eran condiciones extraordinariamente desfavorables para Chile como cualquiera puede ver. Me ahorro detalles técnicos. Tuvimos completo éxito. El resultado final fue el Convenio de Washington, pactado por doce meses, renovable y denunciable libremente. Sus principales disposiciones fueron dos: Primero, la obligación que aceptaron las compañías norteamericanas (a quienes protegía la Constitución Chilena y la Ley 7.160). de entregar al gobierno chileno hasta el veinte por ciento de su producción de cobre refinado, al precio fijo de 24½ centavos por libra; y el derecho del gobierno chileno a vender directamente, por su cuenta y en su beneficio, este cobre en el mercado mundial. Segundo: el aumento a 27½ centavos del precio para el cobre chileno vendido en el mercado norteamericano; y la garantía norteamericana de que el Cobre quedaría fuera de los acuerdos de la Conferencia Internacional de Materiales Estratégicos.

Todo esto se tradujo para el Erario Chileno en un gigantesco ingreso directo de 82 millones de dólares por el cobre vendido en los doce meses de aplicación del Convenio de Washington.

En resumen, este Convenio dio a Chile, por primera vez en su historia, intervención directa en el comercio internacional de su cobre (105 mil toneladas); y le permitió 82 millones de dólares de ingresos fiscales directos. Son hechos.

Tal vez quepa agregar que, ampliando el principio establecido en el Convenio, al volver a Chile presenté en el Senado el proyecto de ley que fue meses después la Ley Nº 10.255, cuyo artículo 1º facultaba al Presidente de la República "para fijar cada año, por decreto, el tonelaje de cobre refinado que el Estado chileno venderá directamente en el mercado internacional". ¡Así dejamos consagrado en esa ley, el principio de la chilenización del comercio internacional de nuestro cobre! Esa ley, desgraciadamente, fue derogada más tarde por otro Gobierno y por otro Congreso.

Creo que esto es suficiente como respuesta a la injusta alusión del Partido Comunista que contesto. Ella es una prueba más de la "deformación profesional" a que puede llevar el dogmatismo anti-norteamericano.

Radomiro Tomic

Declaración del Partido Demócrata Cristiano

Ante los reiterados ataques que veníamos recibiendo del Partido Comunista, en las declaraciones de sus dirigentes y en sus Revistas y publicaciones, la Democracia Cristiana dio respuesta en un extenso documento en que precisó sus relaciones con el movimiento popular y el comunismo.

Evitando la discusión de sus propios defectos y escapándose apresuradamente de los problemas políticos planteados con seriedad por nosotros, el Partido Comunista ha replicado usando el método muy suyo de ignorar lo que dijimos y de contestar afirmaciones que no hemos hecho, pretendiendo colocarnos contra el paredón de sus invenciones, todo ello sazonado con algunas agresiones injuriosas a destacadas personalidades de nuestro Partido, cuya integridad moral y limpia trayectoria son de todos conocidas y a quienes expresamos nuestro amplio respaldo y solidaridad.

Pretender que la exposición hecha por nuestro Partido es la opinión de un grupo o corriente interna, es una táctica que puede emplearse con otros, pero no con la Democracia Cristiana. Nuestra declaración fue acordada, revisada y aprobada por el Consejo Nacional del Partido, por votación unánime, de suerte que ella compromete la opinión de todos sus miembros.

Toda nuestra crítica al Partido Comunista se ha basado en hechos y en documentos del propio Partido Comunista o de su aliado, el Partido Socialista. Nada hay en nuestra declaración que no sea exacto y que se pueda refutar como falso.

Conocidos los documentos, el país está ahora en situación de juzgar acerca de ambos planteamiento: el democratacristiano y el comunista, pero ante algunas inexactitudes de la réplica nos parece conveniente hacer algunas precisiones.

1º—En cuanto a la firma del convenio de Washington, el senador Tomic ha demostrado en una respuesta clara, que hacemos nuestra, que ese convenio, transitorio en sus efectos, dio a Chile por primera vez en su historia intervención directa en el comercio internacional de su cobre y le permitió 82 millones de dólares de ingresos fiscales.

Es curioso que cuando la Unión Soviética firma convenios con Estados Unidos, como es frecuente, éstos sirven a la paz y al bien del mundo; pero cuando ellos se firman por chilenos que han defendido el interés nacional, son ignominiosos.

2º—Reiteradamente hemos manifestado que la Alianza para el Progreso "la juzgaremos por sus resultados y no por las palabras" y que ella representa objetivamente "un cambio en la posición tradicional de EE. UU. respecto a Latinoamérica".

a) Denunciar la Alianza para el Progreso como una táctica del imperialismo. En tal caso, ningún Gobierno de Chile podrá operar en Latinoamérica con vista a establecer relaciones con los países de nuestro continente y menos con EE. UU. La denuncia de la Alianza, que es la actitud consecuente con la afirmación del Partido Comunista, ni siquiera la comparte el senador Salvador Allende ni mucho menos el Partido Democrático Nacional, su aliado, quien sostiene idénticos puntos de vista que los nuestros; b) si se acepta

la realidad de una nueva etapa, se crea un clima de cooperación fundamental y se puede avanzar hacia adelante.

Repetimos que no estamos en forma incondicional con la Alianza y muchas veces hemos señalado sus errores y vacíos, pero con ánimo constructivo y sin dogmatismos.

3º—Para luchar por la libertad y contra el imperialismo o la oligarquía, el Partido Comunista debe incorporarse en una plataforma en que esa lucha sea realmente posible. No lo es en el campo en que desea ubicarse, como es el de un núcleo dominado electoral y políticamente por los comunistas, pues no puede garantizarse la libertad en Chile, por quien la niega en otras partes.

Sólo nos resta decir que deseamos que en esta elección todos seamos claros y consecuentes con la filosofía que nos inspira, con los hechos que hemos ejecutado y con los objetivos que buscamos. Que cada uno diga la verdad y presente su solución con su verdadero rostro, sin vestirse con ropajes que no le pertenecen. Sólo así habrá una consulta seria y honrada ante el pueblo.

La Democracia Cristiana no rehuirá jamás el debate y responderá los ataques en el tono que ellos tengan. Sabremos hacernos respetar, así como respetamos a nuestros adversarios, y terminado este debate, que ha sido útil para todos, seguiremos adelante en nuestra línea de oposición y de avanzada, dedicados con entusiasmo a dar a nuestro movimiento un gran triunfo en las elecciones de abril.

Santiago, 13 de febrero de 1963.

Editorial Del Pacífico, S. A., Alonso Ovalle 766, Stgo.